

# Programas participativos y democracia avanzada



**José Félix Tezanos**  
Director de *Temas*

**E**l estado de la opinión pública en sociedades como la española es de una cierta perplejidad. Por un lado, muchas personas son conscientes de que nuestras sociedades están avanzando en el plano científico-tecnológico y que la crisis que tanto nos afectó durante los últimos años se está remontando. Al menos en sus aspectos económicos. Sin embargo, las cosas no van bien en el plano social, ni en el político, donde aumenta el malestar, la desconfianza y la confusión. Y donde cada vez más ciudadanos tienden a distanciarse de la política y sus debates y se instalan en un pesimismo sistémico.

Sin embargo, tal distanciamiento no supone que se esté abriendo paso una cultura antidemocrática. Ni siquiera como "antipolítica". Actitud que existe y que tiende a amplificarse, pero sin llegar –al menos de momento– a los sectores mayoritarios de la población.

Este peculiar estado de cosas obedece en buena parte a dos tendencias importantes: por un lado, la deriva hacia la *dualización* entre el mundo de la política y el *pulso de la calle*, y, por otro lado, la excesiva *cautela* y lentitud con la que suelen actuar los partidos políticos y sus líderes a la hora de poner en práctica reformas y enfoques que den respuestas claras a las demandas de una mayor *calidad democrática y social*.

## Nuevos horizontes democráticos

Muchos ciudadanos piensan que deben abrirse horizontes de mejoras democráticas que reduzcan las brechas existentes entre las personas comunes y el mundo de la política; incluyendo los medios de comunicación social.

En la vida cotidiana tal divorcio es cada vez más palmario. Por un lado, los ciudadanos tienen unos problemas y unas prioridades políticas y socioeconómicas bastante concretas (paro, precarización laboral, desigualdades, consecuencias erosivas de la crisis, déficits sociales, etc.) y, por otro lado, el *mundo-burbuja* de la

*política oficial* tiene otras agendas y prioridades. Entre ellas la conversión de la vida política en algo muy parecido a una crónica de "sucesos", cotilleos, vanidades, peleas de baja estofa y todos los *escándalos* posibles, e incluso imaginados, si ello resulta necesario. Es decir, se está alimentando una visión del mundo de la política bajo el prisma de una *crónica negra* que deriva hacia la partitofobia.

Y todo ello con el objetivo de dejar reducidos a los ciudadanos a la condición de simples espectadores de acontecimientos poco edificantes. Por lo que la desafección está servida. Y bien servida.

*En sociedades como la española la nueva ciudadanía activa quiere contar más y ser tenida más en cuenta en las principales decisiones políticas, en una perspectiva de mejora de la calidad democrática.*

Sin embargo, la respuesta mayoritaria ante estas carencias y defectos de las democracias tal como hoy funcionan, no está siendo renegar de la democracia como tal, sino demandar reformas que eviten las dualizaciones y distanciamientos y que potencien el papel activo de todos los que no viven directamente en la política y de la política.

Y esto lo están demandando muchas personas no solo desde el plano de los principios latentes, sino desde un punto de vista práctico. Lo que puede constatare casi todos los días a través de las movilizaciones y tomas de postura de la *nueva ciudadanía activa* que está surgiendo en nuestras sociedades.

Durante los últimos meses lo hemos visto en España con las reivindicaciones de las mareas, y especialmente con dos potentes movimientos reivindicativos de jubilados y de mujeres. Movimientos que han demostrado

una notable fuerza movilizadora y de influencia práctica. De hecho, el movimiento de los pensionistas –apoyado por otros sectores de la sociedad– ha logrado –al menos de momento– torcer el brazo al Gobierno del PP y a la mayoría parlamentaria que le apoya, en su propósito de mantener las pensiones en unos márgenes mezquinos, y de pérdida de capacidad adquisitiva.



Y lo mismo podemos decir del movimiento de las mujeres como reflejo de esa nueva *ciudadanía activa*, reclamando derechos y seguridades apoyadas por bastantes hombres. El ejemplo de la instantánea reacción crítica ante la sentencia del caso de "la manada", no debe ser vista como una simple respuesta populista ante una sentencia judicial que se produce en el marco de la típica división de poderes establecida en la democracia actual, sino como expresión de una ciudadanía que quiere contar, opinar y ser atendida. No tanto en lo que pueda suponer de cuestionamiento de una sentencia y de reclamación de una especie de "justicia popular" paralela que impugna la división de poderes y competencias, sino como la reclamación de una legislación más clara y una aplicación más precisa de determinadas leyes por parte del "poder judicial". Poder que también tendría que estar mejor legitimado democráticamente y más adecuadamente sometido a verificaciones y controles.

Pero, como digo, lo importante en casos como este, no es el cuestionamiento social de una sentencia injusta y de una legislación posiblemente no suficientemente clara y rigurosa, sino la demanda de seguridad e igualdad para las mujeres. Por eso claman una gran cantidad de mujeres, muchas de ellas –y ellos– muy jóvenes.

Precisamente en esta perspectiva, y a partir de estos impulsos y estímulos de la nueva *ciudadanía activa* y de las demandas de una mayor calidad democrática es con

lo que tenemos que lograr abrir nuevos horizontes de desarrollo de la democracia.

### El papel democratizador de los partidos políticos

La experiencia histórica nos enseña que muchos impulsos sociales reformistas y democratizadores, al final quedaron en agua de borrajas cuando fueron monopolizados y absorbidos por líderes populistas y por movimientos difusos. Por eso, sabemos que la vehiculización de los proyectos de reformas y cambios requiere del papel de unos partidos políticos adecuados a tales fines, y sensibilizados para ello.

Hasta ahora, los grandes avances en democratización y en políticas sociales han sido vertebrados e impulsados por partidos políticos fiables, mientras que los movimientos confusos y desvertebrados siempre han acabado siendo objeto de manipulaciones interesadas y distorsionadoras. De ahí la desconfianza que merecen muchos de aquellos que se presentan como grandes líderes carismáticos y "nuevos" –siempre "nuevos" y "novísimos"– y luego no saben, o no quieren, plantear más que unas seudoreformas que siempre pasan por intentar mantenerse ellos mismos en el poder, en base a unas relaciones *directas* e intensas de los "jefes" con *sus bases*, su *pueblo*, su *gente*, o como quiera que sean calificados.

De ahí la necesidad de partidos serios y bien estructurados, que no presuman de ser nuevos para al final ser más viejos que los más vetustos, sino de partidos que sepan practicar en su propio seno las nuevas demandas ciudadanas de más calidad democrática y un mayor protagonismo implicativo. Como es propio de la *nueva ciudadanía activa*, formada por electores maduros, preparados y activos, que no quieren ser manipulados, ni tomados por tontos o simples, a los que hoy se les promete una cosa y, cuando ya se ha obtenido su voto o su apoyo, se les acaba dando gato por liebre.

¿Cómo se pueden corregir estas dualidades y distanciamientos desde el interior de los partidos políticos y cómo se puede lograr que los partidos se conviertan en los principales promotores de los avances democratizadores que las sociedades actuales necesitan y demandan?

En un libro que he publicado recientemente junto con César Luena (*Partidos políticos, democracia y cambio social*, Biblioteca Nueva, 2017), explicamos los caminos y procedimientos que algunos partidos socialdemócratas han emprendido en esta dirección, así como mucho de lo que se podría y debería hacer.

El repertorio de iniciativas democratizadoras institucionalizada con garantías –no meros simulacros– es muy amplio. Se trata de iniciativas como las elecciones primarias –de verdad– a distinta escala, los Congresos participativos, las Asambleas abiertas, los presupuestos participativos, las conferencias de evaluación y diálogo, etc.

Hay bastantes libros y experiencias que dan cuenta de estos avances y posibilidades, que ponen de relieve que la democracia no debe ser vista como un *totus* cerrado ya alcanzado y definitivo, sino como un proceso acumulativo de conquistas políticas y sociales con las que los pueblos y las personas venimos avanzando de manera decidida desde la Revolución Francesa. De ello me he ocupado con cierto detalle en mi trilogía sobre la desigualdad, el trabajo y el poder (especialmente en el libro *La democracia incompleta*, Biblioteca Nueva, 2002).

### Los programas participativos

Lógicamente, no todas las nuevas experiencias participativas propias de una democracia avanzada han tenido los mismos resultados, ni han logrado asentarse institucionalmente. Las elecciones primarias, por ejemplo, están bastante asentadas y en algunos casos se han extendido no solo a los candidatos a los distintos niveles, sino también a los máximos líderes orgánicos. Lo sucedido en el PSOE en los dos últimos años es un buen ejemplo del alcance, la proyección, la credibilidad y garantías que pueden tener estos procesos internos. En cambio, otras experiencias, como los presupuestos participativos, no acaban de tener la suficiente proyección y encaje institucional y operativo, aunque han permitido avances en la gestión de los asuntos públicos.

A su vez, la participación de todos los afiliados en decisiones políticas clave, como la implicación o no en gobiernos de coalición, tienden a abrirse paso, como garantía de control y verificación de las propuestas electorales.

Hay un campo político de especial relieve, como es la conformación de las propuestas programáticas y electorales, en el que es preciso avanzar con mayor decisión. Desde luego, todos somos conscientes de que la elaboración de programas de gobierno presenta no pocas particularidades y requiere de la participación de expertos cualificados, sobre todo en asuntos de cierta complejidad. Sin embargo, en las sociedades actuales los ciudadanos tenemos conocimientos y criterios suficientes como para poder opinar y contribuir a que se fragüen proyectos y propuestas concretas. Y, sobre todo, para ayudar a que

no exista la dualidad de prioridades y preocupaciones que tiende a darse en nuestros días entre el común de los ciudadanos y determinados círculos políticos establecidos, como antes comentábamos.

Desde luego, en una democracia de más calidad hay que aspirar a que los ciudadanos no se limiten a “opinar” con su voto cada cuatro años, optando ante una “carta” cerrada de propuestas prefijadas por grupos muy reducidos de líderes políticos y de expertos, sin poder opinar ni cambiar nada. Y si no te convence lo que se oferta, lo único que puedes hacer es no votar a nadie, y si te equivocas tienes que esperar cuatro años para poder rectificar. Lo cual es algo que puede limitar bastante las ofertas electorales –y cierra estas en exceso–, alimentando las desafecciones y las abstenciones.

*Los partidos políticos que tienen voluntad democratizadora e innovadora deben lograr una mayor implicación ciudadana en la discusión y preparación de sus ofertas programáticas electorales.*

Por eso, en algo tan importante como es la oferta electoral, los partidos políticos con voluntad democratizadora tienen que lograr una mayor implicación ciudadana en la discusión y preparación de sus ofertas programáticas electorales. De hecho, algunos partidos suelen organizar desde hace tiempo Congresos y/o Conferencias programáticas a partir de documentos previos que son debatidos previamente en las Asambleas de afiliados. Incluso en el PSOE se organizó en su día un debate sobre el Programa 2000, en el que llegaron a participar un millón de personas y en el que se intentaban establecer las líneas maestras de las políticas socialdemócratas para el siglo XXI. También en el 39º Congreso del PSOE se debatieron propuestas programáticas que previamente habían sido objeto de participación y debate por muchos miles de afiliados y simpatizantes. Al menos en la candidatura que lideraba Pedro Sánchez.

Ahora que se acercan varios procesos electorales en España, tenemos la oportunidad de realizar una ambiciosa experiencia participativa para fijar las bases del Programa Marco con el que el PSOE concurrirá a estos comicios. Se trata de una experiencia ambiciosa y compleja que se inspira en la letra y el espíritu de lo que los socialistas decidimos en el último Congreso. Una experiencia sobre la que bien merece la pena que volvamos en próximos números de *Temas*. **TEMAS**